

XII Concurso de Relatos 'Victoria Sendón'

"Menudencias"

Alicia se encendió un cigarrillo pensando qué absurdo era el mundo, qué ridículas sus normas ocultas, sus prejuicios; ¿qué clase de sociedad era esa en la que ella, con sus treinta años recién cumplidos, se sentía satisfecha de haber dejado su empleo sabiendo que estaba más que capacitada para ejercerlo? "Eres tú la que quiere irse, nosotros jamás hubiésemos querido prescindir de ti", había apostillado, con voz pomposa y repugnante, el imbécil de su jefe, con la avenencia de su aún más imbécil secretaria y una pequeña comitiva de aduladores formada por los dos abogados de la empresa, el director de Recursos Humanos - su superior directo - y una menuda mujer de algo más edad que ella que no había dicho nada en ningún momento, ni en un sentido ni en otro, y en la que Alicia creyó intuir un amago de admiración ante su impasibilidad, admiración, claro está, que nunca sería admitida. El silencio era valioso en aquellas esferas, pensaba mientras le despedían con discursos falsos y huecos, y lo era precisamente porque también era la única arma disponible. Las palabras servían para posicionarte, para poder distinguirte, bien o mal, para que alguien con menos moral que tú pudiese usarlas en tu contra, o para ayudarte a ascender los peldaños del éxito profesional basado en la hipocresía y el halago continuo. Sólo el silencio te parapetaba en esa huidiza tierra de nadie, en la neutralidad más conveniente, mientras observabas por dónde soplabla el viento y resolvías combatirlo o dejar que te llevara con él. El silencio era cautela e inteligente prudencia, y, para Alicia había sido, además, imposible. Por eso se explicaba que la menuda secretaria continuara formando parte de la plantilla y ella acabase de firmar su finiquito, por eso la anodina mujer silenciosa estaba ya probablemente soportando su cupo de gritos y exigencias diarias y ella estaba fumándose un cigarrillo mientras esperaba el autobús. El silencio hubiera sido su salvación, pero también su pasaporte al ninguneo consentido, a la humillación tolerada y a la injusticia más que permitida.

- Ni loca - escupió Alicia, arrojando la colilla a la sucia acera. Era demasiado joven para aceptar de buen talante que la trataran de estúpida durante mucho tiempo. Ahora lo que pensarán de ella no tenía importancia. Había actuado conforme a sus principios, estaba en paz.

Y es que, como siempre le decían, era una adicta a las "menudencias", como si sólo los asuntos de peso tuvieran entidad suficiente para que alguien se considerase

legitimado a protestar. A nadie le gustaban los quejicas, los que rezongan por todo y en todo encuentran defectos, pero hay una sub-especie que aún goza de peor prensa y, a la vista estaba, ningún crédito: las mujeres que, como había resultado ser ella, seguían pensando que el machismo no sólo eran golpes, prohibiciones expresas, amenazas, acosos o ninguneos de dimensiones bíblicas. Había mucho polvo acumulado bajo la alfombra de la pretendida igualdad con mayúsculas, y era una pena que después de sortearlo con éxito en su vida privada, hubiese tenido que enfrentar tanto en la agencia de publicidad donde hacía cuatro años había entrado como adjunta al director de Recursos Humanos. Nada en la rutilante y bulliciosa oficina, de prestigiosa trayectoria y excelente reputación, habría hecho prever que tras su cuidada apariencia de éxito podía esconderse un podrido doble rasero. En realidad, se dijo Alicia, mirando sin ver el paisaje urbano que se deslizaba tras las ventanillas del autobús, nadie tendría que haberlo visto porque, como reza el dicho, no hay mayor ciego que el que no quiere ver. Estaba convencida de que muchas - y algunos - habían visto lo mismo que ella, del mismo modo que estaba convencida de que había muchas formas de disuadir y convencer de que lo que parecía tan claro, en realidad, no eran más que equivocadas formas de verlo. Era una agencia de publicidad, engatusar era su oficio, y después de todo incluso ella, la reina de las “menudencias”, había sido adiestrada para ponerle un nombre más conveniente a lo que iba cayendo cual gota malaya sobre el perfecto escparate de "aquí-no-pasa-nada". Porque no era para tanto, ¿no? No había habido protestas en firme, ni reclamaciones por escrito, ni enojosa publicidad negativa... nada palpable y obvio, nada que hiciera tambalear de veras la buena fama, en definitiva nada denunciabile, único lenguaje que comprendían. Qué más daban algunas miradas levemente irritadas, o algún que otro comentario molesto, o que dos docenas de mujeres, a lo largo de tantos años, hubieran alzado las cejas, sin decidirse entre sentir ofensa o tolerante comprensión ante aquellos deslices tan inconvenientes pero quizá, no tan importantes. La empresa, vista en perspectiva, era un prodigio de igualdad: igual número de empleados de cada sexo, algunas reducciones de jornada concedidas sin aspavientos ni represalias, ninguna demanda de acoso sexual en el trabajo, ni sonrojantes escenas de piropos a destiempo en las reuniones. Ella misma era la prueba, elegida entre muchos candidatos, varios varones, única y exclusivamente en razón a sus méritos. ¿Le habían dicho alguna vez que sus compañeros masculinos valiesen más que

ella por su sexo? ¿ ¿Había habido alguna alusión a su escote, sus piernas? ¿Trato de favor? No. ¿Trato discriminatorio? No. Ni una gota de aparente machismo.

Pero ella era la reina de las “menudencias”..

En sus primeros días, Alicia agradeció que de cuando en cuando se le ordenaran tareas irrelevantes, para descongestionar su cerebro saturado de información. Cuando le pidieron amablemente que comprara "revistas de coches, de historia y alguna que otra de ciencia" para la sala de espera, su pregunta de "¿alguna más?" no había llevado ninguna segunda intención. La respuesta de su ocupado jefe, que apenas alzó la vista del dossier que estudiaba, tampoco parecía muy dotada de doble significado. Era literalmente absurda:

- Sí, bueno, a qué te refieres... nuestros clientes suelen ser hombres, pero vale, que no se diga que ya te ignoro, je. Trae alguna de cocina, o de moda, por si viene una mujer. O de cotilleos, que trae un poco de todo eso. No vaya a ser que se aburran.

Alicia no replicó, perpleja. La mujer silenciosa, Clara, que pasaba por allí camino de algún despacho, le dedicó una sonrisa triste que parecía contener todas las respuestas posibles pero un único mensaje: no merece la pena, leyó Alicia.

Y lo creyó.

El autobús recogió a tres personas y bajaron dos. Alicia contempló a una embarazada que situaba con dificultad su ya dilatada presencia en el estrecho asiento. Ay, la fertilidad.

- Hay seis tipos y cuatro mujeres. Deja a la de veinticuatro años y a la de cincuenta. A las otras les dices que no cumplen requisitos, o que ya está cubierta la plaza, lo que te parezca, pero no quiero perder el tiempo haciendo una entrevista para nada. - había dicho su superior, el director de Recursos Humanos, cuando ambos estudiaban las candidaturas para una plaza de analista.

Alicia no pudo reprimir un involuntario gesto de sorpresa.

- Pero si los requisitos los cumplen las cuatro. Y una de las que quieres eliminar los cumple más que las otras, diría.- alegó.

Su jefe, que era un profesional respetable y respetado, con reputación de darle a las mujeres su papel, como atestiguaban todos, la miró con no menos sorpresa.

- Tienen treinta y cuatro y treinta y seis años. No tienen hijos, aunque quizá sean tan ladinas que no lo han puesto en el currículo, pero el relojito biológico de las

narices puede estar agotando las pilas y no me apetece que cuando se les haya formado y lleven aquí un tiempo, me dejen tirado para atender la llamada de la naturaleza. La de veinticinco todavía tiene mucho por delante, la de cincuenta no piensa en eso. Es de cajón, Alicia. Tienes que aprender a cribar las solicitudes o nos volveremos locos.

Alicia, aunque molesta, volvió a intentarlo:

- Pero cómo descartarlas sin verlas siquiera. Si no se especificó rango de edad en el anuncio no tenemos derecho a...

- ¡Pues claro que no especificamos edad! ¿Es que quieren que nos acusen de machismo? - había saltado su jefe, singularmente ofendido.

Alicia masticó con sumo esfuerzo la réplica que le ardía en la garganta, y asintió con aparente conformidad. Ella misma contaba con treinta años, quizá era ya carne de futuras controversias, mejor no remover la porquería, mejor demostrar con hechos que valía tanto como cualquier tipo, mejor...

El autobús se detuvo en el semáforo y Alicia pulsó con su dedo de uñas lacadas en rojo el botón de "parada". Observó con ojos admirados el brillo de su alianza, a juego con la pulsera que le regalaron sus suegros cuando celebraron su compromiso. Para ella la pulsera, para Jaime, el reloj. Un detalle caro y distinguido. Un regalo. Un recuerdo.

- Supongo que ya habrás pedido las corbatas, Clara - había espetado el Jefe de Cuentas a la mujer callada un día cualquiera - La convención es la semana que viene.

Alicia, que husmeaba en el archivador en busca de un expediente antiguo, luchó un minuto exacto con su curiosidad y su temor a satisfacerla. Ganó la primera.

- Son los detalles que vamos a ofrecerle a los asistentes ¿no? Hay más de treinta confirmados. ¿Sólo corbatas? ¿Es que es seguro que no va ninguna mujer?

Silencio. Estupor. Disgusto. La mujer callada, haciendo honor a su costumbre, no pareció ni pestañear. Al fin su jefe apretó los labios y le ordenó que buscara "alguna chuchería, un bote de perfume, un broche... alguna cosa femenina de las narices". Ella asintió con rapidez. Las mujeres se miraron, ante la absoluta indiferencia del hombre, y, esta vez, el mensaje lo emitió Alicia: a lo mejor sí que merece la pena.

Alicia bajó del autobús respirando el fresco aire de su primer día de desempleada. Hacía bueno, corría una ligera brisa y no hacía calor. Un día genial para recoger su informe en la Oficina de Igualdad, donde lo había presentado hacía una semana. El día anterior, el responsable de la unidad le había confirmado, por escrito, la

absoluta procedencia de sus argumentos. “Puede usted disponer libremente de mi absoluta conformidad con sus apreciaciones” le había ofrecido. Y Alicia le tomó la palabra. Esa misma noche, redactó el escrito de dimisión que la liberaba de seguir siendo testigo de más “menudencias.”

- A ver, oídme. Los electrodomésticos en plano lateral, para que se vea cómo entra la chica... - hablaba el creativo estrella de la agencia, un tipo alto y atractivo que coleccionaba amantes como si fuesen sellos - ¡perfecto! Tenemos series para lavadoras, frigoríficos y hornos.... Bien. ¿Han venido ya los actores para el anuncio de los videojuegos? Veamos cuántos son, que alguna mujer les eche un vistazo, quizá uno nos sirva de marido en esta campaña. Siempre queda bien un marido.... Veamos... él llega de la oficina, cansado y hambriento y la mujer - le ponemos un delantal muy tieso, de tela llamativa - le saca su plato favorito del horno. Plano inclinado, que se vea la capacidad del hornito... fantástico...una escena doméstica, le da un toque invernal, hogareño....

- Y de los años cincuenta - soltó Alicia, sin asomo de bochorno por su intromisión - El macho que llega de un duro trabajo en la selva, la hembra que al fin sabe por qué está en el mundo: darle a su maridito una buena razón para que vaya a casa, y no a la de su querida. Porque seguro que tiene una ¿no?. Era lo propio a esas alturas de siglo...

Lo cierto es que se habían reído. El seductor alérgico a relaciones de más de dos semanas, más que ninguno. Incluso obviaron al marido exhausto de cumplir con su rol de proveedor de ingresos que sonríe ante el delicioso asado de su abnegada esposa. "Queda machista", dijeron, sin que les pasara por la cabeza que no lo era menos, o no mucho menos, la segunda versión escogida para el anuncio: que la atareada ama de casa, por un lado tan moderna que incluso tenía un IPAD para recordarle sus innumerables recados, saliera escopetada del hogar porque, primero, se le hacía tarde para recoger a los niños y, segundo, porque quería comprar el vino "que tanto le gusta a Carlos".

Los clientes no objetaron. De hecho, parecían más que satisfechos del anuncio final, en el que todo el peso lo llevaba una mujer, emblema de que ellos no eran bajo ningún concepto neardentales que no dieran relevancia al papel femenino. Eso sí, como había observado Alicia con creciente hostilidad, una vez resueltos los trámites, y con

sonrisa socarrona, le preguntaron a una de las jóvenes creativas que pululaban por allí si la receta tan suculenta que se mencionaba en el anuncio era suya. Ella sonrió a su vez, complaciente, quizá sólo centrada en los ceros que seguirían a la unidad cuando cobrara su trabajo, y, tras negar con la cabeza, dijo "de mi abuela".

Todos rieron. Otra vez.

Alicia esperó con semblante sereno que el responsable del departamento volviese a ojear, admirado, su informe. Eran veinticinco páginas, con un apartado gráfico minuciosamente detallado. Cuando terminó, ella añadió una hoja. Correspondía al escrito que había firmado esa misma mañana presentando su dimisión. El hombre, abstraído hasta aquel mismo momento, elevó la vista, sorprendido, cuando hubo leído su contenido:

- ¿Usted se ha marchado hoy... voluntariamente? ¡Señorita! ¿Ha ocurrido algo? Esta monografía es excelente, y detalla sin duda alguna cómo esta empresa, a pesar de su aparente política de igualdad y anti-discriminatoria, ha llevado a cabo prácticas, como poco... muy cuestionables, por bien maquilladas que estén. ¿Por qué les facilita las cosas, marchándose? ¿Piensa que está usted indefensa, que no hay nada que hacer? Estoy convencido de que acabarán cometiendo un error de relevancia, y por otro lado, huir no es el camino. No lo comprendo, en serio...

- No voy a demandarlos por su forma de actuar. - explicó ella, casi conmovida ante el evidente interés de él por su vida laboral - Tenemos razón, usted y yo, pero no es fácil acreditarlo. Sobre el papel, nada es ilícito, de cara a la galería, todo está impecable, no encontrará errores de peso. Cuando se censura el machismo, se buscan obviedades, y en esta empresa no las hay. Son comportamientos, palabras, gestos, detalles más o menos pasados por alto... menudencias - sonrió Alicia - Tengo otra oferta de empleo en firme, en una compañía dedicada a la edición y difusión de temas sociales, me apetece este cambio profesional. Esa monografía, como usted la llama, sería publicada con el requisito de haber sido revisada y aprobada, como usted me ha autorizado, por una Unidad de Igualdad como la suya. Sin dar nombres, pero lo suficientemente explícita como para que la lean las personas oportunas, muchas de las cuales son, me consta, clientes de esta agencia. Y una vez la hayan leído... verá, la agencia vive de su imagen casi tanto como de sus resultados, es muy dependiente de su proyección en el mercado, y por suerte, hay mucha sensibilidad social en el tema de la

discriminación a la mujer, a pesar de que también haya casos como el que nos ocupa. He procurado que resulte muy fácil leer entre líneas y es probable que se aten cabos y ello redunde en el único lenguaje que conocen: el de perder reputación, el de tener clientes descontentos. Entonces, habré ayudado a que modifiquen su comportamiento, a que comprendan que a hay muchas formas de ser machista. No pretendo hundirlos, pretendo despertarles la conciencia, y por otro lado, estoy convencida de que las mujeres que quedan en la agencia se beneficiarán.

Le divirtió observar que él no parecía demasiado convencido.

- Es usted muy generosa. Probablemente tenga sus motivos, pero en fin, no acierto a verlos. La felicito, pero no la comprendo.

- Tiene usted razón, tengo mis motivos, y creo que merecen la pena. Le agradezco mucho que se preocupe. Le agradezco todo, en general - aceptó Alicia, despidiéndose -

Salió a la calle sintiéndose liviana y en paz. Ya todos los pasos estaban recorridos, ahora se abría un nuevo camino: la suerte estaba echada. Y en buena hora...

- *Quiero largar a esta chica. Invéntate algo... - le había soltado su superior, con risita de suficiencia, un par de semanas atrás, señalando a la mujer silenciosa con lo que él consideraría adecuado disimulo.*

Alicia parpadeó, petrificada.

- *¿Clara? ¿Y por qué? No ha debido pasar nada si dices que me invente algo...¿Y qué es eso de "inventarme" algo? Su trabajo es muy necesario y ella... ¡es perfectamente capaz!*

La sonrisa de arrogancia no desapareció del rostro de él en ningún momento.

- *Sí, no digo que no, pero también es sosa y remilgada. Y después de esa preciosidad que ha entrado en Cuentas, Lucía creo que se llama, tenemos más mujeres que hombres en plantilla, encanto. Somos una empresa de paridad absoluta, ya lo sabes, que no se diga, y ahora no cuadra, es una excusa excelente. Mira, todo está pensado: largamos a esta idiota, le damos un buen dinero, si te pones sentimental, y traemos un tipo currante pero divertido, que al menos no irá con la cara larga todo el día porque es viuda reciente y porque tiene tres niños que mantener y buá, buá, buá. - se burló.*

Alicia sintió que la recorría una oleada de indignación que amenazaba con quemarle los labios. Jamás había oído a Clara quejarse de su triste situación personal y mucho menos utilizarla en su provecho; si todos conocían de su desgracia era porque un golpe de aquel calibre no dejaba de repercutir, siquiera al inicio, en el desempeño laboral de cualquiera, hombre o mujer. Mientras dejaba que su jefe siguiera haciendo el ridículo, Alicia la visualizó, siempre callada y eficaz, soportando las incontables salidas de tono de todos aquellos impresentables, soportándolas porque no tenía mayor alternativa, porque tenía cierta edad y una familia y sentía miedo de arriesgarse si renunciaba a un empleo estable, fuese cual fuese el precio. Y después se visualizó a ella, ella que aún no tenía razones como para no poder elegir algo mejor, que, de hecho, ya tenía la oportunidad de elegir algo mejor. Había recibido una oferta de aquella imprenta, una compañía emergente, especializada en temas sociales y de divulgación. Interesados, “de verdad” en la auténtica igualdad. Comprometidos, así lo indicaba su sólida trayectoria, en la difusión de testimonios reales. Alicia miró a su superior, que no concebiría jamás que se le pudiera tachar de machista, aunque si Clara hubiese sido un hombre habría alabado hasta quedarse ronco su capacidad de trabajo y respetado su personalidad discreta y quizá aburrida. Para él, el machismo estaba claramente delimitado, y no ser machista consistía no en una forma de pensar, sino en el cumplimiento de una exigencia, un requisito concreto y sencillo. Alicia tomó una rápida decisión. Tragó saliva y obligó a su contraída boca a sonreír. Quería cambiar las cosas, las mentes, los pensamientos, pero no iba a cambiar nada a gritos. A gritos, no.

- Dame una semana. Te garantizo que habrá igual número de hombres que de mujeres en la empresa, claro que sí. Me ocuparé de la paridad... de la paridad absoluta, descuida. - le aseguró. Sabía que él no sabría apreciar los matices de sus palabras, y, efectivamente, no los apreció.

Alicia llegó a casa a una hora insólita. Parecía, incluso, un lugar distinto, bañado por una luz desconocida. Todo estaba en silencio. Descalza, se tumbó en el sofá, dejándose arrullar por el sol que entraba a raudales por la terraza, mientras saboreaba una copa de vino con la sensación agridulce de haber perdido y ganado al mismo tiempo.

Pero era un buen día, tenía fe en haber hecho bien, en haber ayudado, en haber podido contribuir a que las mujeres no tuviesen que explicar por qué ellas también podían estar más que interesadas en revistas culturales, por ejemplo. Quizá su gesto no fuera un acto grandioso, quizá no provocase un efecto arrollador o radical, pero poco a poco, paso a paso...

- Benditas sean las menudencias , chin-chin - brindó, satisfecha.